

Miscelánea

Biblioteca comentada

Notas sobre “El Rostro Enfermo” de Isidoro y Florencio Monje Gil

Notes on “The Sick Face” of Isidoro and Florencio Monje Gil

Notas sobre “A Cara Doente” de Isidore e Florencio Monje Gil

Francisco Herrera Rodríguez

Facultad de Enfermería y Fisioterapia. Universidad de Cádiz

Cómo citar esta reseña en edición digital: Herrera-Rodríguez, F. (2017). Notas sobre “El Rostro Enfermo” de Isidoro y Florencio Monje Gil. (Cádiz, 1887). *Cultura de los Cuidados* (Edición digital), 21(47). Recuperado de <http://dx.doi.org/10.14198/cuid.2017.47.18>

Correspondencia: Francisco Herrera-Rodríguez. Facultad de Enfermería y Fisioterapia. Avda. Ana de Viya, 52. 11009-Cádiz.
Correo electrónico: francisco.herrera@uca.es
Recibido: 11/08/2016; Aceptado: 20/12/2016



El Rostro enfermo: 50 pinturas universales para comprender las enfermedades de cara y cuello

Madrid: Art Duomo Global, S.L. (120 p).

Isidoro Monje Gil y Florencio Monje Gil (2016)

ABSTRACT

In this review, the author describes and analyzes the contents of the book “The sick face” highlighting its great pertinence as a source for the history of medicine.

Keywords: Iconography, history of medicine, history of nursing, history of art.

RESUMEN

En esta reseña, el autor describe y analiza el contenido del libro “El rostro enfermo” resaltando su gran pertinencia como fuente para la historia de la medicina.

Palabras clave: Iconografía, historia de la medicina, historia de la enfermería, historia del arte.

RESUMO

Nesta revisão, o autor descreve e analisa o conteúdo do livro “O rosto doente” destacando sua grande relevância como fonte para a história da medicina.

Palavras-chave: Iconografía, história da medicina, história da enfermagem, história da arte.

¿Se acuerdan del soneto “A una calavera” de Lope de Vega? No me resisto a reproducirlo en el encabezamiento de esta breve nota; como el famoso desahogo de Hamlet, contemplando la calavera de Yorick, el verso de Lope es vibrante y avisador de las falsas glorias que reserva el destino, y de lo efímeros que son los placeres y la belleza:

Esta cabeza, cuando viva, tuvo
sobre la arquitectura de estos huesos
carne y cabellos, por quien fueron presos
los ojos que mirándola detuvo.
Aquí la rosa de la boca estuvo,
marchita ya con tan helados besos;
aquí los ojos, de esmeralda impresos,
color que tantas almas entretuvo;
aquí la estimativa, en quien tenía
el principio de todo el movimiento;
aquí de las potencias la armonía.
¡Oh hermosura mortal, cometa al viento!
¿En donde tanta presunción vivía
desprecian los gusanos aposento?

Me acordé de estos versos leyendo el interesante libro “El rostro enfermo”, de Isidoro Monje Gil, doctor en Historia, y de Florencio Monje Gil, licenciado en medicina y cirugía, especialista en cirugía oral y maxilofacial. Feliz hermandad y feliz encuentro de estos dos hombres en el territorio apasionante de la interdisciplinariedad, de “las dos culturas”. Quien tenga la curiosidad de contemplar los cuadros aquí reproducidos y los textos escritos, en edición bilingüe (español e inglés), gran acierto éste, comprenderán que la idea del tempus fugit se apoderara de mi mente y me condujera por los caminos de la lírica

barroca del gran y ambicioso Lope. Esto es lo que tiene el arte y la literatura que ofrecen gozo y disfrute, pero a la par reflexión y conmoción que asientan los pies en el suelo ante lo vivido y lo por vivir, tanto personalmente como por los coetáneos y los que nos han precedido.

Los autores del libro, cuando lo compusieron, creo que tenían todo esto muy presente porque el encabezamiento de su libro con la siguiente frase de Molière así lo indica: “*La belleza del rostro es frágil, es una flor pasajera, pero la belleza del alma es firme y segura*”. Pero no solo han tenido presente, pensamos, esa idea del tiempo fugitivo, sino también la del tiempo doliente, ese tiempo que sufren y padecen los humanos por las enfermedades, en esta ocasión con el estigma visible de la misma en esa carta de presentación que llamamos rostro, cara o faz. Los autores, pues, con un eficaz Hilo de Ariadna, nos conducen por el laberinto de la enfermedad a través del arte, la historia y la cultura, estudiando las señales aparecidas desde el nacimiento o a lo largo de la vida en ese espejo de los espejos, o en esa máscara de máscaras que es el rostro humano; máscara que deslumbra de belleza por contener los ojos “violeta” de Liz Taylor, que tanto fascinan a un poeta amigo mío, o máscara que tortura y arruina la vida de Joseph Merrick. Veamos para comprobarlo, por ejemplo, “Cleopatra” (1963) y “The Elephant Man” (1980). Liz Taylor tuvo dos contingencias en el rodaje de esa película: una visible, la traqueotomía, y otra muy tormentosa llamada Richard Burton. Los estragos de la vida fueron poco a poco reflejándose en los rostros de estos míticos actores. Joseph Merrick se pasó toda la vida ocultando su rostro, su identidad preciada, para no ser víctima de la burla y del escarnio de los hombres. La vida, injusta, que otorga y

niega dones, no se sabe por qué, la explicación cercana y fácil está en la Genética, pero la ontológica vaya usted a saber dónde hay que ir a buscarla.

En fin, rostros que unos califican de hermosos y a otros espantan, como es el caso de “Autorretrato con pelo suelto” (1947) de Frida Kahlo, que tan certeramente eligió Gérard de Cortanze como portada de su libro, “Frida Kahlo. La belleza terrible” (2012). O el inquietante “Autorretrato” de Van Gogh (1888), en el que aparece con el cráneo rapado, la barba desastrada y la mirada perdida y orlada por un verde enfermizo. O ese “Autorretrato” de Goya (1815), que podemos contemplar en el Museo del Prado, lleno de fragilidad humana y de historias de guerras civiles vividas y por vivir. Como diría Lope “¡Oh hermosura mortal, cometa al viento!”.

Hago acopio de memoria y pienso en libros predecesores del que aquí reseñamos y que me enseñaron, más o menos específicamente, a fijarme en la “máscara” del hombre; por ejemplo, ese espléndido volumen de cubiertas rojizas, de Salvat editores, “El rostro humano en el arte” (1973), o los artículos publicados por Néstor Luján, en la revista Jano, que felizmente se encuentran recopilados en un libro titulado “En la cabecera de los protagonistas de la Historia” (1992), en el que podemos estudiar los detalles de la famosa escultura “Alejandro agonizante” o la faz pálida y enfermiza que Pantoja de la Cruz retrató en su cuadro de Felipe II ya anciano. Tampoco puedo olvidar el libro de Marino Gómez-Santos, “La medicina en la pintura” (1978), prologado por Carlos Rico-Avello, donde contemplé “La mujer barbuda” de José Ribera “El españoleta”, o el estrabismo divergente de Tommaso Inghirami, en el famoso cuadro de Rafael, o la mirada triste de la niña Eugenia Martínez Valjejo, en

dos lienzos con título común, “La monstrea”, pintados por Juan Carreño de Miranda, cuando esta pequeña tenía cinco años de edad y pesaba 57 kilos. Cuánto me enseñaron estos libros y estos autores nombrados, y cuánto aprendí de la ponencia impartida por Magdalena Santo Tomas Pérez, “Fuentes iconográficas para la investigación de la Historia de la Enfermería”, impartida en el V Congreso Nacional de la disciplina celebrado en Sevilla (2001). Estoy en deuda con todos ellos por sus enseñanzas y ahora también con los autores de “El rostro enfermo”, Isidoro y Florencio Monje Gil.

El libro está prologado por Javier Sierra, autor de la novela “El maestro del Prado” (2013), certeramente apunta que algunos médicos han intentado examinar la Historia de los Retratos, como Juan Rof Carballo o el oftalmólogo argentino Omar López Mato, en esta estela se sitúa Florencio Monje, especialista como hemos indicado en cirugía maxilofacial, guiado por el pulso firme de su hermano, historiador, Isidoro Monje. Javier Sierra apunta la clave del libro cuando afirma:

“..la irrupción del retrato como reflejo de un individuo iba a traernos mucho más que lo obvio. Detrás de cada representación fidedigna de un ser humano, los artistas nos dieron pistas –consciente o inconscientemente- sobre detalles que hoy solo un examen médico-forense es capaz de interpretar. Ese y no otro es el objeto de este libro. Las bolsas bajo los ojos, el color de la piel del modelo, la textura y densidad de sus cabellos, la forma de la mandíbula o de los labios dan una información preciosa sobre la salud de los retratados y, a veces, sobre aspectos de su día a día que determinaron sus decisiones o sus méritos”.

Gregorio Marañón solía hablar de las dificultades de hacer un diagnóstico médico preciso y certero, y esto teniendo

al enfermo delante, sometiéndolo a toda clase de propedéuticas clínicas. Si esto es así efectivamente, qué dificultades no tendrá realizar diagnósticos contemplando un cuadro, pongamos por caso “La mujer barbuda” de José Ribera, que en mis seminarios sobre “Arte y enfermedad” insisto en que debemos llamarla Magdalena Ventura y no por ese degradante título que lleva el cuadro. Los autores del libro que glosamos lo intentan con este cuadro y con muchos otros. Pero Javier Sierra en su prólogo recuerda algo muy importante que no debemos perder de vista: “...la enfermedad en el arte no vale solo por lo que retrata sino también por lo que simboliza”. En este sentido el prologuista señala como los hermanos Monje aciertan cuando describen el prognatismo de los Habsburgo; sin duda, sus mandíbulas prominentes fueron un rasgo genético, “pero al tiempo, un atributo inexcusable de su tenacidad y empeño. Curioso asunto este, ya que lo que hoy muchos reducen a la categoría de mal, en otro tiempo fue signo distintivo de reyes y místicos”. Sutil e importantísimo matiz que no debe perderse de vista cuando nos enfrentamos a una obra de arte buscando los perfiles de la enfermedad. Si no, compruébese lo apuntado en dos obras de Rafael Sanzio en que aparecen personajes con polidactilia, seis dedos, o bien en un pie o en una mano, me refiero a “Los desposorios de la Virgen” o a la “Madonna Sixtina”. ¿Hallazgo clínico o simbología religiosa, o ambas cosas?

Un libro, pues, de gran interés para los historiadores del arte y para los historiadores de la enfermería que en nuestras clases intentamos que no solo quede reflejada la época e importancia de la profesión, sino que aparezca en primer término el ser humano enfermo que padece sus cuitas con el *tempus fugit* pero también con su tiempo doliente, sea cual sea

la época que le tocó vivir; si no descuidamos este aspecto creo que esparciremos la semilla de la cultura y del cultivo en nuestros alumnos, pero también sembraremos los campos de la empatía, la simpatía y la compasión en unos profesionales que van a desarrollar una de las misiones más nobles que existen, cuidar a los pacientes en los momentos de soledad y sufrimiento que ocasiona la enfermedad.

No me cabe la menor duda que a todo esto nos puede ayudar Roger van der Weyden, Leonardo da Vinci, Piero della Francesca, Domenico Ghirlandaio, Andrea del Sarto, Giambattista Tiepolo, Piero del Cosimo, Quentin Massys, Hans Holbein el Joven, Ambrogio de Predis, Rafael Sanzio, Alberto Durero, Sandro Botticelli, José Ribera, Juan Sánchez Cotán, Tiziano, Diego Velázquez, Caravaggio, Rembrandt van Rijn, Carreño de Miranda, Brueghel el Viejo, Francisco de Goya, Vicent van Gogh, Giorgio de Chirico, Gustav Klimt, Alastair Adams, etc.

Feliz lectura, contemplación y estudio de este excelente libro, seguro que provoca deleite, desazón y discusión ante algunos de los diagnósticos planteados, pero sobre todo seguro que ayuda a mirar con más detenimiento a las “máscaras” en las que tantas presunciones habitaron y habitan, así como los estigmas de la enfermedad.